

que prestar parias á los oligarcas obispos anglicanos, tan odiosos como los obispos ortodoxos á las puritanas creencias escocesas. Cuán difícil de compaginar el genio escocés presbiteriano con el genio católico intolerante, y el genio católico intolerante con la nueva y reciente anglicana Iglesia, la cual á un tiempo sentía malquerencias por la reacción católica y malquerencias mayores aún por la revolución presbiteriana. Cuanta destreza y habilidad había menester, quien tratase de compaginar el culto secreto y hondo al material catolicismo chupado en la teta de una madre adorada, con las tendencias extremas republicanas de los presbiterianos, y estas tendencias republicanas, con el respeto debido al oligarca episcopado inglés que por aquel tiempo constituía la mayor fuerza oficial de la poderosa Inglaterra. Pero, ya fuese porque la suma de tres coronas, como la corona de Irlanda, satisficiera mucho al orgullo inglés, ya fuese por otras causas, hay que decirlo á su alabanza, Jacobo I, epicúreo, afeminado, con el culto al placer por toda religión, entre favoritos siempre que al mundo escandalizaban por sus improvisadas fortunas y sus perversas costumbres, navegó con tanta felicidad y destreza entre aquellos innumerables bajíos, que pudo morir con tanta tranquilidad en su trono, aunque lo amenazaba de continuo una deshecha borrasca. Así le cuadra el dicho de Sieyès, quien preguntado qué hiciera durante la época del terror, contestó: «vivir». No fué tan feliz el sucesor suyo, el desdichado Carlos I. Madama Dubarry compró un día cierto fiel retrato de Carlos I y se lo regaló á Luis XV de Francia. Este sensual y ligerísimo rey, habiendo resuelto pasar la vida entre placeres, no quería un recordatorio tan vivo de las desgracias humanas y regaló á su nieto Luis XVI el cuadro en que aparece mirando á tierras extrañas como á su refugio el rey Estuardo en días cercanos á su prisión y á su muerte. Jacobo I no pudo anegarse de ninguna manera en las ráfagas de una tempestad espiritual como las que soplaban sobre Inglaterra los vientos huracanados de la católica Irlanda, los vientos huracanados de la puritana Escocia, los vientos huracanados de la anglicana Inglaterra. El puso la indiferencia en su trono, levantándolo como esas cúspides etéreas de las montañas altísimas que reverberan el cielo sereno en sus cumbres, mientras vibra la tempestad en sus faldas. Así los representantes de la tradición ortodoxa, muy exaltados allí donde se hallan muy combatidos; los representantes de la escuela escocesa puritana que se llamaban á sí mismos santos y que predicaban una república del Salvador contra los abominables privilegios del episcopado anglicano y estos anglicanismos mismos habían armado entre sí una guerra tan cruel y producido una tan grande agitación, que debía ser Carlos I su propiciatoria é inevitable víctima. Como en tiempo de Luis XV á una se desatan huracanadas todas las ideas que habían de dar en tierra con Luis XVI, en tiempo de Jacobo I, se desatan huracanadas todas las ideas que habrán de dar en tierra con el infeliz Carlos I, muriendo uno y otro, el mártir francés y el mártir britano, por culpa de sus inmediatos antecesores en las tristezas y en las desgracias del cadalso.

Bien es verdad que ni Luis XVI de Francia, ni Carlos I de Inglaterra, necesitaron que los empujasen al abismo; rodaron ellos, por su propio impulso. Imposible mayor número de torpezas que las cometidas por el infeliz Estuardo, lo mismo en religión que en política, lo mismo en política nacional, que en política extranjera. Nunca se le vió parado con fijeza cierta en una base reflexivamente meditada y capaz de prestar, por su solidez, apoyo firme á su combatida corona. Carlos I ya rompía con Francia, ya rompía con España; unas veces consultaba consejeros y privados tan torpes como Buckingham y otras veces dejaba que le matasen sus enemigos á ministros tan excelsos é inspirados como lord Straffor, autor de las tablas del derecho liberal inglés; ya se humillaba en presencia del Parlamento hasta entregarle casi la corona ó ya se levantaba y erguía como un rey absoluto; jamás acertó con el aliado extranjero que más le conviniera, ni jamás acertó con el partido interior que más firme apoyo le prestara; unas veces aparecía como católico exajerado, digno discípulo de Felipe II; aparecía otras veces como convencido anglicano, tan celoso de las prerrogativas y privilegios episcopales, como el mismo Enrique VIII, y en frente del problema de los problemas, del factor político por excelencia entre tantos factores políticos, del genio puritano, que debía dar al traste con su persona y con su dinastía, ó enfurecíase como una serpiente ó doblegábase como una caña. Y entre tantos errores el espíritu más democrático entre todos los espíritus que animaran las iglesias protestantes, el espíritu de Marni que brilló en Holanda, el espíritu de Calvino que brilló en Ginebra, el espíritu de Knox que brilló en Edimburgo por una serie de transmigraciones milagrosas, llegó hasta el puritano Cromwell, quien, sagaz político, astuto conspirador, creyente ciego de la nueva fe, ambicioso sin escrúpulo, valiente sin temeridad, estadista de primer orden sin arrebatos ni pasiones, gran general, gran patriota, religioso hasta el misticismo cuando la religión prosperaba su obra, exterminador como un ángel apocalíptico cuando debía combatir á los católicos de Irlanda y á los anglicanos de Inglaterra, disimulado y falaz al tender señuelos y al dirigir reclamos á sus enemigos, cruel en sus combates, implacable dominador en sus victorias lanzó á Carlos I desde las alturas del trono á las tablas del cadalso y constituyó la república británica, precedente lógico y necesario de la república francesa. Quien desconozca las analogías entre los dogmas religiosos del siglo décimosétimo y los dogmas filosóficos del siglo décimo octavo; quien descuide ver cómo á Lutero corresponde Calvino y cómo á Calvino la revolución republicana religiosa en Inglaterra y en Escocia; quien olvide los parecidos y las semejanzas entre Luis XV de Francia y Jacobo I de Inglaterra; quien deje de comprender cuánto se parecía el trono de Isabel I en Londres, al trono de Luis XIV en París; quien tras estos dos tronos absolutos no vea una revolución inmediata; quien desdeñe identificar las dos personas de Luis XVI y Carlos I por creerlos muy separados en el tiempo y en el espacio; jamás alcanzará los nexos que ligan las edades, los elementos comunes que mueven la

sociedad, el espíritu vivificador uno que preside y dirige la Historia, como Dios preside á su vez y gobierna el Universo. Tras estos antecedentes cuyos orígenes he procurado yo buscar en tan remotos manantiales como las revoluciones helenas y latinas, como la invasión de los bárbaros, como el combate mortal entre los merovingios y los carlovingios, como el pacto entre la sede pontificia y el coloso Carlo-Magno, como los combates titánicos por las investiduras, como el retroceso de las Cruzadas, como el advenimiento de los reyes anti-feudales, como el cautiverio de Aviñón y los concilios de Basilea y de Constanza, como la Reforma, como el Renacimiento, como el calvinismo, como la enciclopedia; tras estos antecedentes, decía yo arriba, nadie puede maravillarse ya de que la revolución británica viniera como consecuencia connatural á la revolución religiosa y de que la revolución francesa, viniera como consecuencia connatural á la revolución británica. Como las Cámaras inglesas precedieron en el tiempo á las Cámaras francesas y más que las últimas perduraron; como el clamor científicamente revolucionario de Bacon precedió al clamor científicamente revolucionario de Descartes; como Inglaterra tuvo antes los masones que Francia; como Inglaterra supo abrazar el protestantismo en tanto que Francia se quedó á mitad de camino en esa dirección radical; precedieron los derechos ingleses proclamados por el Parlamento á los derechos humanos escritos por la Constituyente; precedió á la dictadura de Robespierre en Francia la dictadura de Cromwell; precedió al suplicio de Luis XVI el suplicio de Carlos I, á la república en París, la república en Londres, identidad de sustanciales hechos, cuyas diferencias sólo se hallan en circunstancias subordinadas de tiempo y de lugar, pero cuya identificación aparece indudable, demostrando la unidad del humano espíritu con la unidad también de nuestra humana historia.

Una solución, por su naturaleza tan radical como la solución británica, no pudo por manera ninguna, en aquel momento, arraigarse, á causa de que las costumbres añejas, las tradiciones seculares, el tesoro de recuerdos por cuyo auxilio vive todo un pueblo, contrariaban la república y devolvían á más andar la realeza. Necesitose toda la inteligencia de Cromwell; su astucia mezclada con su valor; el arte político más refinado unido con sus vuelos militares tan heroicos; la mezcla en él de una idealidad religiosa con un espíritu práctico; el método acompañando á la inspiración; el arrebató y el éxtasis cristianos juntos con la crueldad pagana; discursos como salmos, oficios políticos semejantes á los oficios religiosos; singularidades en el genio y en el carácter; dón de dominio, voluntad de hierro, temperamento maquiavélico, si el maquiavelismo convenía por algún lado á sus miras; la espiritual virtud de arrastrar las gentes y llevarlas donde á él le placía, para que la república durase de suyo sobre un país, que la rechazaba con repugnancia invencible, todo el tiempo que duró la vida ilustre de su excelso y único y fundador. Cuidado que no desatendió recurso ninguno, ni medio ninguno, de los cuales pudiera extraer, con la grandeza británica, el crédito de las instituciones republicanas, estableci-

das sobre la base del Evangelio de Cristo, libremente interpretado. El con su acta de navegación, dió la supremacía mercantil á Inglaterra; él, con sus persecuciones á los reaccionarios católicos y á los oligarcas luteranos, arraigó más y más el protestantismo en la conciencia nacional; él organizó así la marina mercante como la marina militar, destinada á engrandecer con desmedida grandeza la Gran Bretaña; él hizo en la Vandée británica, en Irlanda, lo mismo, exactamente lo mismo, que hicieran los generales republicanos dos siglos más tarde, con la Vendée francesa; él secuestró sus bienes á cuantas familias de la hermosa Erin resistieron la revolución y la república; él donó á supersticiosos protestantes propiedades confiscadas que habían crecido á la sombra del antiguo dogma católico, y que pertenecían á un pueblo jamás converso; él, después de haber acaparado los campos de toda la oposición irlandesa, exterminó á cuantos pugnaban en aquella isla contra la supremacía británica; y así pudo lograr, según dije antes, una república tan duradera como su propia vida. Pero, como hay el flujo y el reflujo en los mares, hay en los pueblos la revolución y la reacción. Una forma nueva de gobierno, hasta que se mezcla con las costumbres y entra en la indispensable levadura de la vida social, no puede, no, aspirar á que predominen los caracteres reales y prácticos en ella, sobre los caracteres idealistas y dogmáticos. La fe individual de un hombre solo, no puede contrastar la fe colectiva de un pueblo entero. Las aglomeraciones de los siglos no se pueden modificar súbitamente por escasas aglomeraciones de años. Aunque un estadista valga mucho, no puede prevalecer sobre las generaciones que le han precedido en el tiempo antiguo y sobre las generaciones que le seguirán en el tiempo futuro; presentes las unas por sus recuerdos y presentes las otras por sus esperanzas á las grandes transformaciones sociales. ¡Cuántas ideas nuevas y justas, no marran en el choque tremendo con las supersticiones añejas é injustas! Cromwell tuvo un ascendiente incontrastable por virtud y obra de su genio individual y propio, pero no pudo transmitir este genio incontrastable á sus herederos y sucesores. Las proles de los grandes hombres, nacen, por regla general, desmedradas y entecas. Falta del talento de sus progenitores que no se puede constituir en mayorazgo y vínculo. Ricardo Cromwell no tuvo la grandeza intelectual y moral de su ilustre padre: sucedióle sin esfuerzo en el protectorado, pero no pudo sucederle de ninguna manera en el genio. La maza del Hércules presbiteriano, quedó al pie de su ataúd intacta, sin que nadie osase á sospecharla y menos á removerla. Así todas las pasiones reaccionarias, malheridas y refrenadas por la innovación republicana, se revolieron furiosas contra quien recibiera la dictadura y representase la república sin títulos de ningún género, por hijo de su padre, como cualquier monarca hereditario. Así un general reflexivo, redomado, amante del antiguo régimen, devoto de todo lo que había desaparecido, observador de las antiguas costumbres y de las antiguas ideas, expulsó la república con su protectorado hereditario, y trajo al trono los sucesores é hijos

de Carlos I, los dos Estuardos que luego reinaron en Inglaterra. El reflujo reaccionario venció al flujo de las grandes ideas presbiterianas, las costumbres pudieron más que las instituciones; la superstición tradicional sobrepujó á la idea nueva; el espíritu británico estaba por tal modo dispuesto á este cambio radical, que bastaron los alardes pretorianescos del ejército y el pronunciamiento militar de Monk, para destruir la república y traer la realeza. Parece imposible, pero allí donde se levantara el cadalso en que fué decapitado Carlos I, se levantó con brío el trono restaurado de los Estuardos, quienes llegaron á creer que la restauración sería eterna.

Pero si la revolución adolecía de un espíritu demasiado idealista, la reacción adolecía de una inadaptación completa y terrible al estado de los ánimos y al ideal de los espíritus. Aunque semejaba una guerra continúa el combate apasionado entre las sectas dominantes, la secta de los presbiterianos, la secta de los católicos, la secta de los puros protestantes á que llamamos anglicana, el ideal religioso había cambiado por completo; y en lo tocante al ideal político, no se podía restablecer ya, ni el absolutismo descarado de los Tudores, ni el absolutismo hipócrita de los Estuardos. Creer como creían estos, que, tras la victoria de los puritanos en Escocia; tras la decapitación de María Estuardo en Inglaterra; tras el establecimiento de una Iglesia nacional, que solo el nombre y en el jefe se apartaba de la Iglesia romana; tras la declaración de derechos; tras el largo parlamento, aunque fuese disminuído con secuestros de sus miembros y disuelto á viva fuerza; tras la república más ó menos duradera; tras los combates con Felipe II; podía sobrevenir una reacción jesuítica en Inglaterra, semejante á la reacción malvada que revocó en Francia el Edicto de Nantes; creer esto, era creer una demencia; y procurar esto, era procurar un imposible. Dos partes tuvo la restauración británica; una representada por Carlos II, representada otra por Jacobo II, hijos ambos del decapitado Carlos I y nietos ambos de la decapitada María Estuardo. Carlos II, filósofo, excéptico, mundano, sensual, nada creyente, transigentísimo con aquellos que destronaran su familia, pudo conllevar tal situación imposible, pudo sostener tal gobierno insensato, pudo prestar al retroceso de Inglaterra tristes apariencias de vida, porque se redujo á reinar por todo el tiempo que pudiese hacerlo sin peligro, ya usando complacencias serviles con los corifeos del sentimiento público, ya sirviéndose de una corrupción gangrenosa. Pero, muerto Carlos II sin heredero directo, y habiéndole sucedido su hermano menor, Jacobo, estimóse la reacción allende lo posible y cayeron las ruedas del Estado en los abismos de la revolución. El movimiento revolucionario inglés que había tenido su momento de reparación en los Tudores; su momento de estallido en los Estuardos; su momento de retroceso en la restauración; tuvo las soluciones que pedía y que necesitaba, en el triunfo de Orange, ligado, por descendiente de Guillermo el Taciturno á la revolución religiosa, parlamentario y semi-republicano, por haber nacido y gobernado en Holanda, representante de una semi-

legalidad monárquica por mando de la princesa Maria, hija del destronado Jacobo, á quien Orange acosara y persiguiera sin descanso hasta vencerlo en los campos y destruirlo de su alta sede monárquica. Todo el ideal no pudo triunfar cuando triunfó la república. Insiitución de suyo idealista, dogmática, mejor dicho teológica, vagaba en las altas cimas del espíritu religioso con los puritanos, pero no pudo descender con pureza y facilidad á las tradiciones, á las creencias, á las costumbres inglesas. Con la casa de Orange triunfó una semi-república, triunfó un semi-puritanismo, triunfó un ideal disminuído, que por estas condiciones impuras, pudo haber mejor que cupiera la república en el estrecho campo de la triste y limitada realidad. Con Guillermo de Orange no corría peligro ninguno el principio monárquico, pues mucho le gustaba su oficio de rey; con Guillermo no corría peligro ninguno el principio parlamentario, pues creciera entre las costumbres y las tradiciones republicanas, de la libre y de la progresiva Holanda; con Guillermo no se podía temer que la Gran Bretaña regresase á la reacción jesuítica del tiempo de María Tutor y del dominio de Felipe II; con Guillermo no se podía temer que cediese al clero católico su puesto el clero anglicano y se frustrase la obra nacional del pérfido Enrique VIII, de la grande Isabel I, del dictador Oliverio Cromwell. Querer que saltaran los ingleses, como quisieron los Estuardos, sobre la doctrina de Vicleff, sobre la victoria de Lutero, sobre la influencia de Calvinó, sobre las dos iglesias nacionales en que anidaba el espíritu británico, era tanto como querer una insensatez bajo la cual sus ciegos perpetradores quedaron aplastados, perdiendo unos la corona y la patria, otros perdiendo la corona y la vida. Mas esta grande aparición del Orange protestante y parlamentario en Inglaterra, enseña que ha triunfado una revolución más, con la revolución municipal de los pueblos italianos, como la revolución republicana de los pueblos helvecios, como la revolución religiosa de los pueblos bátavos. Y al constituirse un revolucionario poder en la isla central de nuestra Europa que se daba la mano con Holanda y con Alemania, constituyese uno de los gérmenes que más habían de fomentar la revolución francesa. Cada vez el ideal de los derechos divinos representados por papas y reyes se hundía más en el ocaso y brillaba más en el Oriente, otro ideal superior, el ideal de los humanos derechos.

Pero no solamente se constituyó esta gran potencia luterana marítima junto á Holanda, se constituyó una potencia luterana territorial en Alemania, que debía nacer combatiendo al Imperio austriaco y debía concluir por suplantarlo y sucederlo. Así como Guillermo de Orange significa la victoria del protestantismo en la Gran Bretaña, significa Federico II la victoria del protestantismo en la grande Alemania. Los tiempos han mucho cambiado desde la centuria décimaséptima, centuria de Orange, á la centuria décimaoctava, centuria de Federico. Y han verdaderamente cambiado, porque los tiempos de Orange son tiempos aún de teología; y los tiempos de Federico son tiempos ya de ciencia. En su odio al imperio austriaco, ningún pueblo había contribuído tanto al triunfo de